

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA OTRA ALTERNATIVA - 2

LA ERA NUCLEAR

EN 1960 escribí un ensayo sobre «La energía y la realidad del mundo» (en «el tiempo que ni vuelve ni tropieza»), cuya significación resulta más clara al cabo de quince años. Señalaba los cambios en la realidad como tal que se habían operado desde el siglo XIX a causa del descubrimiento de nuevas fuentes y formas de energía, del fabuloso incremento de su consumo. La electrificación, por ejemplo, ha sido como «una estructura superpuesta que transforma todas las relaciones y las funciones vitales». Imagínese por un momento lo que sería nuestra vida, hasta en sus menores detalles, sin electricidad. Señalaba también que «la variación realizada durante toda la historia humana, desde el hombre primitivo hasta el siglo XIX, es de un orden mucho menor que la acontecida en unos decenios». Y agregaba aún: «Estamos en los umbrales de una nueva etapa: la energía nuclear, que pertenece ya al reino de nuestras "posibilidades", no forma aún parte de la "realidad" de nuestro mundo, pero esto va a suceder en un plazo brevísimo. Es decir, nos espera no ya una mera intensificación o aceleración del proceso, comparable a lo que viene ocurriendo desde hace algo más de un siglo, sino el "paso a otro orden de magnitud", respecto del cual nuestra situación presente será como la de las épocas anteriores comparadas con la nuestra.»

La transformación que se avecina es tal que acaso se ha sentido temor de entrar resueltamente en ella, y se ha avanzado con un paso tórpido, como tanteando el terreno. Ahora no va a haber más remedio. Si no se resuelve muy pronto el problema del petróleo, si no se supera el uso más desafortunado e implacable de la «propiedad privada» de que se tiene memoria, y que es ineliminable en el siglo XX, en que la propiedad está sujeta en todas partes a restricciones y limitaciones decisivas, los Estados Unidos emprenderán un esfuerzo comparable al de los programas espaciales, y en muy pocos años habremos penetrado en la era atómica.

No voy a entrar aquí en el análisis de lo que puede significar para la realidad de la vida humana en su conjunto. Quiero tocar sólo lo que se refiere al mundo económico y político, que es aquella zona de lo real en que se ha planteado el problema.

El proceso que nos llevará a la era atómica, una vez iniciado, será irreversible —a menos que se trate de la reversión total: de una guerra nuclear que nos devuelva a la edad de piedra—. Quiero decir que ese proceso no podrá detenerse. Si los países productores de petróleo, asustados por las consecuencias de su conducta, deciden dentro de dos o tres años volver a condiciones razonables, será tarde. Se habrá alcanzado ya el «point of no return», el «punto sin retorno» que no tolera el regreso. Las inversiones —de todo orden— serán tales, que sería imposible, aunque se quisiera, suspender el proceso, volver a las fuentes de energía disponibles hasta ahora, concluir que «aquí no ha pasado nada». Todavía no ha pasado; pero antes de dos años habrá pasado definitivamente.

Es muy posible que esto sea maravilloso, y que las manipulaciones políticas del petróleo resulten a última hora una bendición para la humanidad. Dependerá de la inteligencia —y la bondad— con que se usen tan fantásticos recursos. Lo que parece evidente es que todas las fuentes actuales de energía pasarán a un lugar muy secundario, como la leña frente al carbón de piedra, o éste frente al petróleo. Más aún, porque se tratará de otro «orden de magnitud», no sólo de otra magnitud. El petróleo tendrá aplicaciones, conservará algún valor, pero muy escaso como origen de energía. Lejos de preocuparse la humanidad por la limitación de sus reservas, habrá el problema de sus excedentes. ¿A quién se le ocurrirá desplazar a través de los mares inmensos buques-cisternas cargados de cientos de miles de toneladas de peligroso combustible el día que pueda conseguirse una energía incomparable en el lugar en que sea necesaria o en condiciones de fácil transporte?

Los países que dependen económicamente del valor del petróleo se van a encontrar en una situación particularmente difícil, en diferentes grados, según la exclusividad de esa dependencia. Si no me equivoco, han desatado el proceso que los llevará a su ruina. Para los países en vías de desarrollo, por el contrario, el amanecer de esa nueva era, el paso a ese otro «orden de magnitud», significaría la posibilidad real de que superasen la pobreza que hasta hace poco ha sido —y no me canso de repetirlo— la condición del hombre, independiente

de toda voluntad humana, impuesta por la estructura de la realidad. Solamente el alumbramiento de fuentes energéticas mucho mayores —y, por tanto, de riqueza de todo tipo— permitirá extender a la totalidad del mundo la holgura que ha alcanzado ya una importante fracción de él. Naturalmente, con una condición: que la estructura político-social existente cuando eso ocurra permita el aprovechamiento de las posibilidades y haya salvado la disposición a compartir los recursos por parte de los que los tengan en su mano.

En cuanto a Europa y otros países occidentales, las perspectivas dependen de su acción histórica en el inmediato futuro. Si recuerdan a tiempo su condición occidental, podrán tal vez frenar el proceso que —peligrosamente— se está disparando y nos va a llevar a la era nuclear con una aceleración excesiva; quiero decir que podrán disuadir a los productores de petróleo de su actual política, que inevitablemente desencadena ese proceso. En todo caso, podrían unir a los Estados Unidos sus capacidades científicas y tecnológicas para realizar, antes de la asfixia, esa transformación energética. Pero si no lo hacen, si persisten en la insolidaridad hasta ahora dominante, corren el riesgo de que les falte el aire antes de que ningún socorro sea posible, y en todo caso el de quedar relegados en el futuro a un nivel que parecerá primitivismo.

Finalmente, los países dotados de una tecnología considerable pero inferior a la americana y que disponen de abundantes reservas de petróleo, no sentirán presión suficiente para lanzarse a fondo por la investigación nuclear, ni es probable que llegasen pronto a resultados plenamente eficaces. Su destino sería el de convertirse en grandes potencias... de la época anterior.

En muy pocas palabras, ésta me parece ser la situación a que nos encontramos abocados, cuyo camino irreversible —insisto, irreversible— se decidirá con seguridad antes de dos años. Los árabes, como los personajes de sus viejos cuentos, se han dejado tentar, y otros han sido igualmente seducidos. Pero esos cuentos muestran ya hace siglos, con muy vieja sabiduría, que es mucho más fácil soltar al Genio que hacerlo entrar de nuevo en la botella.

Julian MARIAS

ANTE LA AUSTERIDAD

LA AMENAZA DEL TEDIO

AHI está la «crisis», desde luego. Pero yo no sé si los prohombres que en estos momentos dirigen la política económica del área occidental se han dado entera cuenta del alcance de sus programas. El río es gordo, naturalmente, y los ciudadanos que apenas sobrepasamos el nivel de peatón ni siquiera tenemos una idea clara de lo que ocurre. Nos hablan de la inflación, de la necesidad de no malgastar lo que llaman «energía», de los oprobios ecológicos, de la amenaza del paro, de ciertas escaseces palpables, de... La solución pertenece a la esfera de las utopías, y nadie la espera. Ya nos hemos resignado al parche y al remiendo: al «tirando», aunque sea a trancas y barrancas. Que es lo de siempre. Históricamente, la humanidad se ha movido en un brete continuo, en el apuro sistemático, más o menos siniestro. Incluso las «bellas épocas» sólo fueron «belle» para cuatro gatos, si ponemos la estadística a contribución. Lo de ahora, con todo, se presenta en términos más bien lúgubres. Los discursos, las leyes, los editoriales de la prensa, la cháchara bursátil, los sofocados rumores de las fábricas y las oficinas, coinciden en reconocer la urgencia de una cuaremasa radical. La palabra clave, insistente, es esta: «austeridad». No se trata sólo de apretarse el cinturón, en términos inmediatos de gastos. Inicialmente, eso de «apretarse el cinturón» se refería básicamente a la comida: la de cada día y la golosina suntuaria...

Pero, claro está, el hombre no vive única-

mente de pan, como reza el Libro. Sin salir del terreno bíblico, existe un enorme salto «social» entre el Pentateuco y los Evangelios: muchos siglos. El «pan», ganado con graves sudores, es una apabullante referencia del Génesis. El Cristo ya constató lo otro: además del pan, las cosas de Dios. Y tal fue el esquema: el pan y lo de Dios, más algunas proposiciones superfluas, quizá pecaminosas, de puro goce sensual. La gente vivió así durante generaciones y generaciones. La «austeridad», en ese contexto, se limitaba a una operación de poca envergadura. Cuando los moralistas se ponían exigentes, el sacrificio que pedían no alteraba el ritmo normal de las multitudes. Al fin y al cabo, un ayuno y una abstinencia no resultaban intolerables, y si se suprimía el baileteo dominical, pongo por caso, siempre quedaba el recurso de refugiarse en las Cuarenta Horas o en una procesión. Pero eso se acabó. Nuestra sociedad —empezando por el olerio— ha abandonado sus aficiones al rito ancestral: cesan las Cuarenta Horas, las novenas, los triduos, los rosarios. La población urbana había ido substituyéndolos por el cine, la tele, la cafetería, el guateque —el «party», si se quiere—, la discoteca, el cafetúcho, el restaurante, la «boite», y todo lo demás. El problema, en definitiva, era pasar el rato. Nos hemos acostumbrado a pasar el rato a través de unos trámites que, de momento, exigen ser considerados como puro «gaspillage».

La «austeridad», hace cien años, cincuenta incluso, no planteaba tantas inquietudes como

hoy. Entonces no había problema. O el problema era insignificante. Los vecinos no sabían aburrirse. Porque el aburrimiento también es una eventualidad condicionada por las circunstancias. El vacío de «lo sobrenatural», hay que reconocerlo, ha abierto unas ingentes posibilidades al tedio. Lo colmaban unas determinadas manipulaciones económicas, obviamente agradables, y que han ido, consiguiendo una clientela ansiosa de encontrar «algo» con qué matar el tiempo. La angustia comienza en esto: en el tiempo «desocupado». Había circulado con una ligera euforia el anuncio de una «civilización del ocio». En el seno de la «crisis», el «ocio» ya no siempre pueden ser las «vacaciones pagadas», sino que también existe la expectativa de la «desocupación». El «ocio» con el bolsillo medianamente nutrido era una ilusión encantadora. Con unos duros en la cartera se abren las perspectivas del concherto y del lígüe, del coche y de la piscina, de la whiskería y del cabaret, o, tirando por bajo, de la sala de reestreno y la pequeña pantalla doméstica. La «austeridad» interrumpe estas pequeñas, afables y modestas delicias. El cerrojo administrativo las cancela. Se pretende que las familias completas renuncien a lo que les divertía. La diversión suponía un «despilfarro»...

Los proyectos restrictivos, en su justificación última, parecen razonables. El «cinturón» que habrá que apretarse logra un nivel metafórico glorioso: incide, no diré que ante todo, pero sí eminentemente, sobre el comporta-

miento diario de los vecinos. Se recorta, o acorta, la opción de la juerga, dicho sea con las mayores salvedades. Si a la juerga se añade la huelga, la jornada aumentará sus probabilidades de una «nada» insaciable, insaciable. A medida que disminuyen los recursos cobrables de «horas extraordinarias», habrá —gracias a la «crisis»— una mayor oportunidad de no «saber» ni «poder» emplear el tiempo. Ni con el jornal, ni, de consiguiente, con trucos amenos... La táctica de frenar el consumo será, sin duda, inevitable. Pero, ¿cómo acabará el asunto? Si se abrevia la televisión, y valga el ejemplo, y se constriñen los horarios de los espectáculos, y desalojan anticipadamente los locales dedicados a la gimnasia «rock-and-roll-cambolésca», ¿a dónde iremos a parar? Habrá un precioso saldo de aburrimiento. Para los que manejan los hilos de un cualquier «statu quo», esta perspectiva habría de ser deplorable. Habrá un aburrimiento general, explosivo, empujando. En el análisis de las «revoluciones», nunca se ha tomado en consideración el ingrediente del aburrimiento. No pienso en las aspiraciones del proletariado estricto. Pero sí en el tedio de la pequeña burguesía, universitaria o no. Una pequeña burguesía aburrída es capaz de cualquier cosa: del fascismo o del trokskismo más abrazadabrantes. No sólo por aburrimiento, huelga decirlo... Pero el aburrimiento es un ingrediente de la «austeridad», que la ideología de la «austeridad» no logra satisfacer... Otra «contradicción interna».

Joan FUSTER

ESCUELA TECNICA RADIO TV

OFICINAS Gerona, 47 entlo. Telf. 317-69-95 y 99
MIEMBRO DE UNCET
(Unión Nacional de Centros de Enseñanza Técnica)

CURSOS DE INICIO INMEDIATO

RADIO-TELEVISION

No se precisan conocimientos previos

TELEVISION TRANSISTORIZADA

Indispensable para realizar TV en color

TELEVISION EN COLOR

Apropiado para reparadores de TV en blanco y negro

OTROS CURSOS DE PROXIMO INICIO

ELECTRONICA INDUSTRIAL
INSTRUMENTACION - AUTOMATISMOS
SEMICONDUCTORES Y REPARADOR DE TV

Todos nuestros cursos se realizan con la colaboración de las más prestigiosas empresas de Electrónica de España

HORARIOS DE MAÑANA, TARDES O NOCHE

Visítanos. Telefónea o envíenos este boleto y recibirá amplia información sobre el curso o cursos que desee.

NOMBRE
DIRECCION
CURSO/S

**GAÑE
200 Ptas.
HORA**

TRICOTANDO EN SU HOGAR

Nosotros le damos el trabajo.

Le vendemos la más famosa

máquina suiza y le

enseñamos gratuitamente.

MUNTANER, 269

Encima Diagonal

**PLANTILLAS "NOVOPEDIC" Y
CALZADO FUNCIONAL
PARA SEÑORAS Y NIÑOS**

¿Le duelen los pies?
Supinator
CONSULTORIO
ker RAMBLA DE CATALUNA, 48

CALZADOS

ROYALTY

A PARTIR DE MAÑANA y por pocos días
Quema de restos de serie en calzados de caballero,
señora y niños. Precios desde:
49 ptas., 69 ptas., 99 ptas., 129 ptas. y 149 ptas.

BARCELONA:
Avda. Portal del Angel, 38
Pelayo, 12

MATARO:
Generalísimo Franco, 58
SABADELL:
Paseo Primo de Rivera, 40

¿CUANTOS PERIODICOS LEE USTED AL DIA?

¿UNO?, ¿DOS?, ¿TRES? NOSOTROS LEEMOS LA PRENSA DE TODA ESPAÑA Y LE MANDAMOS EL TEMA DE SU INTERES

LLAMENOS AL TEL. 329-47-00. DE 10 A 1 Y DE 4 A 8